

A Miguel Hernández

PABLO LUIS AVILA

« Sin demostrar fragilidad ni un tanto »
M. H.

Sin demostrar fragilidad ni un tanto
Sin demostrar fragilidad ni un tanto
del barro al viento alzaste tu bandera.
Sin perecer diste en la cruz. Mostrando
avaricia, el pueblo tuyo te acostó,
te hizo aire, poeta menor que historia
infame sacrificó por destino
errado. Tu pueblo, aquel que cantaste,
calló tu alcurnia, y de colmo que ibas
te redujo a la mínima medida.
No valió la mordaza al toro hambriento,
no, ni el temido alcázar de la envidia.
Pecho sumido, mas mente alta quedó.
Ingle hollada fue pero no rendida.

Mostrar el corazón
como una imperceptible
recta y mostrarla tangible,
desnudar la fragilidad
de la hoja o pajarear
desorientando el cielo,
avanzar tanto en la pericia
o esconder la ingle
en una violeta húmeda
y menos que infinita,
es sacar la voz
a todos los colores,
dejarlos abiertos, colgados
después como una cometa
heridora o amarilla,
hecha de cebolla o de hijo
agonizante de imposibles.
¡ Poca experiencia la tuya,
hortelano que olivas de palmas
creciste con tu calavera !
Ahora bien, tu voz,
aquel laberinto de honduras
y resquemores que te mecieron,
aquel amor de caracol
petrificado, altísimo

y más o menos fiero
que tu tizado rayo;
tu brazo, ramo cargado,
que se hacía onda de noche,
castellana almena,
y entraba en los dormitorios
y en las azules oficinas,
y al señalar, queriendo,
hería los altos
penachos y plumajes
y respaldos y camas,
asaltadas. Ya están, Miguel,
debilitadas las formas
puras y fijas y sordas.
Y hay cumbres. Y en esta
no tiene un minuto de agonía
más alas que un gramo
de desgranado azabache.
Había un mar.
Había un río en tu mano.
Fue como un cementerio
de hijos clavando tu risa
para evitar el impreciso
alfiler y la mariposa
inútil y extravagante.